

ESTO ANTES NO ESTABA AQUÍ

Y al séptimo día todo empezó a moverse. El mundo se está rehaciendo constantemente y, podría entenderse así, en ese rehacerse continuo se despliega el tiempo. Es una ilusión que, con el paso del tiempo, las cosas se pongan en su sitio. Es una ilusión que algo esté en algún sitio, o simplemente que "esté"; una utopía que responde al deseo, o la necesidad, de que haya algo fijo que nos haga el mundo habitable o, lo que en cierto modo viene a ser lo mismo, nos lo haga visible y se nos muestre comprensible. Pero lo nombrado escapa de su nombre. Con el transcurrir del tiempo se produce la mejoría o la decadencia de una situación que nunca fue sino en nuestra imaginación.

Un huevo pasado por agua tarda en hacerse el tiempo que lleva rezar dos padrenuestros. Un huevo duro tarda algo más: lo que lleva rezar un credo. **Me lleva muy poco tiempo escribir esta oración;** ¿cuánto tardas en leerla? Un santiamén. Si descompongo esta frase escrita en sus piezas mínimas (las letras) y las reordeno alfabéticamente [aabcceeeeeiiiiMmmnoooopprrssttuyv] la frase es irreconocible y, además, se han perdido los siete espacios entre las palabras que aportaban una estructura que ayudaba a su lectura; leer es, al fin y al cabo, un tipo de reconocimiento. Ordenar ha supuesto el desorden de una organización anterior. Si ahora, como si de un pasatiempo se tratase, reconstruyo la oración recolocando las piezas como la primera vez que la escribí, con sus correspondientes espacios [**Me lleva muy poco tiempo escribir esta oración**], seguramente tardarás lo mismo en leerla, pero la frase ya no es la misma, aunque la reconozcas. Lo mismo no puede ser dos veces al mismo tiempo, lo que se repite se modifica con la repetición, lo que nos puede llevar a pensar que cualquier repetición es imposible y que, valga la obviedad, el reconocer es conocer de nuevo. **Me lleva muy poco tiempo escribir esta oración. Me lleva muy poco tiempo escribir esta oración. Me lleva muy poco tiempo escribir esta oración. Me lleva muy poco tiempo escribir esta oración.** Se me ha ido un poco más de tiempo al escribir cuatro veces esta oración. Penélope conseguía que pasara el tiempo destejiendo durante la noche el sudario para Laertes que tejía durante el día, y así pasaron veinte años sin tener que decidir lo que no quería; pero no fue un solo sudario lo que tejía y destejía Penélope, fueron más de siete mil.

No me fiaba de mi memoria, así que le pregunté a Román si era cierto un episodio que recordaba que me contó que le había ocurrido haciendo una escultura. Aunque en el fondo no tendría demasiada importancia que el acontecimiento no fuera real.

Hace unos años Román estaba construyendo una escultura a base de apilar fragmentos de baldosín; un cubo de un metro de lado hecho de miles de piezas, todas iguales, pero todas distintas. Iba colocando desde el suelo con cuidado capas y capas de trozos de baldosín cuya arista recta, la que se correspondía con el borde original del baldosín, miraba hacia fuera, y la de la rotura hacia dentro. Así fue levantando las cuatro paredes verticales del cubo; sus superficies externas con las piezas perfectamente alineadas formando un plano, una acumulación de mil bordes incisivos en las caras internas. Román realizaba despacio la operación desde el interior del cubo, seleccionando y colocando cada pieza con el esmero y la exactitud que se requería para que no se desmoronara todo. Cuando uno ya sabe lo que tiene que hacer no nos queda más remedio que hacerlo, dedicarle el tiempo que sea preciso ¡Cuánto tardamos a veces en hacer algo hasta que podemos verlo! Román supongo que invirtió bastantes horas en la construcción del cubo. Debía de estar ensimismado en la tarea porque cuando la acabó se percató de que había quedado atrapado dentro de las cuatro paredes que acababa de levantar. La obra se titula *M³ de entropía*. Tuvo que pedir ayuda para deshacer aquella situación desordenada e inesperada, para escapar del encierro en el que poco a

poco él mismo se había recludo; otra posibilidad hubiera sido desmontar una parte del cubo, salir y luego reconstruirlo; la última opción, que por las evidencias fue desechada, era quedarse a vivir allí para siempre.

En esa, su primera ubicación, *M³ de entropía* fue desmontado y embalado, y luego transportado ochocientos metros para ser reconstruido en otro emplazamiento, constituyendo otro *M³ de entropía*. No sé cuántos *M³ de entropía* habrán sido.

Román ha seguido haciendo, deshaciendo y rehaciendo; montando en un sitio, desmontando y volviendo a montar en otro sitio. También hizo construcciones imposibles, llevándolas hasta el límite en que, incapaces de sostenerse, se derrumbaban sobre sí mismas. A veces documenta los procesos de acumulación o de construcción en los que se embarca, quizá una maniobra para no tener que reproducirlos o, más probablemente, sea una forma de incidir en el tiempo acumulado.

Ningún material, entendido como aquello que manipulamos para hacer algo, es completamente inocente; si bien a veces parezca que lo disimulan, los materiales no son ingenuos, tienen un pasado, aunque apunten hacia una nueva posibilidad latente. Unos pedazos de baldosín son de partida los restos de algo que fue en algún tiempo; cada piedra acumula su propio "tiempo geológico"; la madera, que siempre es madera antes que cualquier otra cosa, lleva tatuado el paso del tiempo; llegar a tener un ladrillo a disposición para construir algo ha supuesto todo un proceso previo de elaboración. El mundo es una escombrera, todo son restos.

Cuando Román *escoge* un material también lo *recoge*, lo recibe de allá de donde venga admitiendo todo lo que trae, y diría, prolongando el juego de palabras, que también lo *acoge*. El material responde a su *acogida* aportando el tiempo que contiene, trabajando a favor de la obra porque, a la postre, la obra es sobre todo una cuestión de tiempo. Hacer es darle tiempo al tiempo.

Ignacio Barcia

Artista y docente en la Universidad de Vigo

Septiembre de 2022